

Gastón Fernández

El fin de la historia y la depresión de Europa

El artículo de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia, publicado en *The National Interest*, USA, causó un revuelo inusitado en los medios intelectuales europeos, a fines de 1989. No sólo un revuelo. En verdad, Europa, aunque sin rasgarse las vestiduras, estuvo a punto de considerarlo un escándalo y una ofensa. Personalmente, luego de preguntarme un escándalo por qué y una ofensa a qué, más me ha interesado el aspecto primario de la reacción que la afirmación de aquel que la desató, y que, en buena cuenta, no afirmó *el fin de la historia*, lo que es imposible, sino el "último paso de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma final de gobierno humano".¹ Esto es distinto y perfectamente cierto si se entiende esa historia hacia el liberalismo como un proceso, originado en el

1. Extraído de *El País*, Madrid, 24 de setiembre, 1989. Versión integral francesa en *Commentaire*, 47. París, 1989, pp. 457-469.

primer capitalismo medieval y culminado, no sólo con el triunfo del neoliberalismo contemporáneo, lo que ya se descontaba, sino en el fracaso del ideal comunista. No voy a desarrollar este punto, pues no es el tema que he escogido, aunque sí deba decir algo al respecto.

Sería en efecto ilusorio, nada lúcido, de poco sentido histórico e incluso de mala fe creer aún en una utopía que contrarreste el deseo mayor y simple del individuo occidental —para referirme sólo a él— que es el de gozar (a pesar de las profundas injusticias inscritas en el sistema democrático, sobre las cuales me extenderé más adelante) de los bienes y servicios producidos por el sistema económico del mercado libre, suficientemente compensado por la proporción necesaria —también injusta— de intervencionismo estatal.

El "materialismo", que no es lo que las malas lenguas se han empeñado en hacer creer, está lejos de ser el diablo. Es cierto igualmente que "el problema de las clases se ha resuelto con éxito en Occidente", según el texto de Fukuyama, aun cuando la fórmula no es correcta en sus términos, debido a su extremada reducción a doce palabras, que parecen no admitir matiz. Porque en el sistema "democrático" al cual tienden todas las sociedades salidas de Europa, y que se configura actualmente bajo los rasgos de un funcionalismo homogéneo, uniformizante y cruel, las diferencias existen y existirán entre los poderosos y los demás, entre una elite científica y de altos funcionarios e informadores, y la masa de beneficiarios sumidos en las delicias neutras del consumo de lo producido. Esas diferencias no serán, en efecto, de clase en una sociedad donde la inmensa mayoría gozará, aún si proporcionalmente, lo que es natural, de los mismo objetos, poseerá los mismos productos, recibirá y gastará el dinero necesario a su quehacer cotidiano, protegido por la providencia estatal. En ese sentido todos serán "burgueses" en un sistema sociocultural en el cual

incluso los marginados tendrán cabida. Y es sólo en ese sentido que se puede calificar de exitosa la solución al problema de clases. Sólo habría que saber en qué estado dejará a los individuos el éxito de esta solución, que consiste en impedir a aquellos tener ideales políticos fundamentales (ya no existen); proyectar valores históricos o interiores (ya no existen); sacar lecciones del tiempo pasado (la noción del tiempo no existe en el vivir instantáneo del funcionalismo occidental, que comenzó a vomitar el pasado a mediados del siglo XIX); interpretar con fruto los acontecimientos presentes (no hay tiempo para tal interés, y hay otros intereses); escoger la libertad de ser (imposible en un sistema en el cual el simulacro de la realidad, el producto de consumo y la competencia son una coacción de la cual sólo se puede salir pagando un alto precio social, una suerte de exilio *in situ*), y sufrir de un aburrimiento y de una impotencia que no osan confesarse, de un desequilibrio psicológico más o menos rescatado por un relativamente eficaz tratamiento médico.

Es sobre este tópico que desearía reflexionar, porque el gesto unánime llevado a cabo por la inteligencia europea es revelador de su rechazo de cualquier afirmación que contradiga y perturbe su sentimiento y su deseo de seguridad, su convicción de que las cosas son lo que son y como han sido siempre. El "clasicismo" astuto de la retórica francesa, especialmente, se encargó de darle la razón "en el fondo" a Fukuyama, al tiempo de atacarlo de tal modo que quedaba poco de lo que el americano quiso explicar. En verdad, el escándalo y la ofensa que la inteligencia hizo valer no son sino la prueba de una gran debilidad interior, fruto, primero, de la suficiencia; segundo, de la ignorancia; tercero, de la cobardía inherente a un sistema mental autoprotegido, que vive íntimamente convencido de su triunfalismo y de lo que él cree ser su libertad, al punto de acusar al primer pensador impertinente de reduc-

cionista. No he podido conocer una sola voz cuya curiosidad se haya dicho: ¡qué punto de vista interesante!, ¿qué habrá de cierto en él? La respuesta fue inmediata, yo diría casi irracional, salida justamente de un sistema que no puede o no quiere ver en qué consiste el fin del proceso racionalista, y la transformación de la antigua cultura en otra totalmente inédita; la de la democracia en funcionalismo; la de la persona particular en individuo anónimo; la del símbolo y de la representación en definitiva realidad; la de la vieja energía de Dios en la pura y simple energía del universo, que el esfuerzo científico puede conocer, describir y convertir en información: no un mensaje que viaja, sino un moldeamiento cultural de la mente de un organismo social.

Es decir: Europa, esta superpotencia histórica y espiritual, en la que muchos no europeos creen todavía cual si se tratara de una cornucopia y de un modelo de vida, esta Europa vive encogida y ensimismada en su propio espejismo cultural y democrático, y en un pasmoso desconocimiento de sí misma. El ensimismamiento, la suficiencia y la cobardía en cuestión son precisamente el fruto de un círculo vicioso en el cual la ignorancia juega un papel tan valioso como esa misma altanería, o como el europeocentrismo, o el antropocentrismo occidental en general.

Y si a alguien se le ocurre, por desventura, asegurarle al europeo que su *proceso* histórico se ha terminado; o que la *historia* del arte ha culminado, teniendo en cuenta que su objetivo —las cosas del mundo y la actividad creadora automática del artista— ha sido alcanzado; o que el cristianismo no es lo que se cree que es; o que la cultura que vio florecer sus antiguos valores no tiene actualmente sino un simple valor de cambio sin consecuencias personales o comunitarias; o que el malestar generalizado en las sociedades avanzadas se explica, incluso con relativa facilidad, si tales afirmaciones son verdadas

en los círculos públicos o privados europeos, serán tildadas de anarquistas de descentralizadoras, cuando no de pesimistas, o de nihilistas, en un olímpico gesto de desprecio.

Yo desearía aquí desilusionar al iluso. Existe, en el mundo del pensamiento occidental, una total ignorancia de la globalidad del proceso de la historia, causa, entre otras, de la incapacidad de tener un sentido crítico que permita acabar con la suficiencia y con la ceguera intelectual contemporáneas, pensamiento que es, por otro lado, de una elocuente actividad creadora. El drama intelectual europeo reside en esta contradicción, que la potente actividad en cuestión se desarrolla localmente, en especialidades vertiginosas y realmente sabias, incapaces, sin embargo, de relacionarse con las demás, incapaces de ir más allá de sí mismas y de construir el rompecabezas de la historia pasada y de su resultado, que es el tiempo presente.

No existe ningún pensador occidental que haya tenido la iniciativa de elaborar el cuadro que va de los presocráticos al arte conceptual y al funcionalismo, a pesar de tener a la vista todas las piezas del juego, todas las disciplinas y sus metamorfosis, todos los eslabones de la cadena, desde el idealismo platónico, hasta misticismo artístico del siglo XX; desde el sueño de la geometría griega, hasta la realidad de la ciencia nuestra; desde el primer fantasma espacial del *homo faber*, hasta el ingenio de la NASA.

En medio de una evidencia tal, el europeo sigue creyendo que las cosas son como son, que no hay nada cierto, que es exagerado, para no decir abusivo, afirmar lo que no se puede probar, cuando en verdad una defensa tal pone de manifiesto el increíble régimen de vida de aquel que ha decidido esconderse bajo su caparazón y escoger la definitiva seguridad del que decide creer en la certeza de la incertidumbre, reprochando al aguafiestas su intromisión, que no es sino lucidez; su reduccionismo, que no es sino momentáneamente la prueba

de que hay tal vez otra interpretación que *no se reduce* al reduccionismo feroz y autoritario de aquel que está convencido de la duda, una posición, bien entendido, más confortable. Porque no es fácil afirmar el fin de la historia como ideología que busca, legítimamente, la seguridad obtenida. No es fácil afirmar el fin del proceso artístico y la transformación del antiguo estatuto del creador que con sus obras explicaba y daba forma al mundo en uno nuevo de productor de objetos sin número, que circularán en un mercado dentro de un mundo que ya no tiene explicación porque su evidencia basta.

Es imposible en estas pocas líneas desarrollar el proceso histórico que ha llevado al Occidente desde sus primeras constataciones filosóficas hasta esta evidencia, que es de carácter tautológico. Se necesitaría un libro, que estoy, personalmente, por hacer. Para ello se necesitará anudar la teología con la arquitectura funcional, el cristianismo con el arte abstracto, la metafísica con la meta física alcanzada gracias a las manipulaciones científicas y a la lógica, la política democrática con el idealismo, es decir, todo con todo, lo que da como resultado algo tan simple como la evidencia, pero que es, naturalmente, difícil de aceptar como algo cierto, tanto más cuanto que nada en las ciencias humanas puede ser demostrado como que la tierra gira alrededor del Sol: nuestra educación idealista y cristiana nos ha cortado para siempre el camino de la entereza, del estoicismo, de una suerte de valentía oriental, y nos ha dejado desposeídos en un universo que sigue siendo tenido por inexplicable y, por ende, lo que es ciertamente cómodo, fuera del alcance de la explicación. No hay, efectivamente, peor ciego que el que no quiere ver. Hay poquísimos personajes lúcidos en nuestra vieja historia occidental. Muchos menos en la historia presente. Hemos aprendido, por el contrario, la existencia, sino de un lugar, por lo menos de un estado en el que la reflexión se recoge fuera de la realidad del mundo, y hoy en

día esa lección, que ya no muestra en sus pensadores tal facilidad, comete el error de vivir de sus rentas. Es decir, de continuar utilizando los viejos conceptos como si no pudieran ser interrogados al revés, construyendo de ese modo mansiones intelectuales magníficas pero que carecen de puertas, de corredores y ventanas. (Un libro reciente, intitulado *¿Se habrá terminado la historia del arte?*, escrito en alemán por Hans Belting, profesor en Munich, y traducido al francés, responde "Sí", sin ofrecer ninguna explicación. El lector queda impresionado por la erudición del docente, pero en la luna. Los ejemplos de esta riqueza aparente abundan, son signos del sistema, y prueba del espejismo que quiero denunciar. Lo mismo sucede con el libro de Thierry De Duve. *En nombre del arte*, que confirma lo que todos saben o adivinan: que el arte es "cualquier cosa", sin aclararnos por qué).

Pondré otros casos. En un artículo crítico de varios libros sobre la Grecia antigua, el filósofo Roger-Pol Droit, del diario *Le Monde*, escribe:

"Pues sí, hay que decir que los griegos, desde tantos siglos pasados, no han cesado de sorprendernos, o de esperarnos. En cada curva de la historia intelectual de Europa, su herencia ha sido siempre rehecha, remodelada por el espíritu de cada época. En momentos en que tanto suceso sacude al Viejo Mundo de Este a Oeste, la publicación de numerosos trabajos —que continúan renovando los temas, los métodos, incluso las interrogantes, de los estudios griegos— no es una mera casualidad desprovista de sentido".²

De acuerdo, pero, en primer término, la maravilla griega no ha servido para nada a una sociedad espiritualmente nula

2. "L'héritage des Grecs". En: *Le Monde*, 27 de abril, 1990.

como la nuestra, que es su vástago. En segundo lugar, ese remodelamiento no significa que el mensaje griego haya sido comprendido, de otro modo los intelectuales no estarían donde están, lo que explica la primera conclusión. La afirmación relativa a esas publicaciones, que no son una mera casualidad, desprovista de sentido no tiene entonces fundamento, y es insensata. En tercer lugar, es casi seguro que si las energías del pensamiento contemporáneo no se dedicaran al ensimismamiento y a la especialización descubrirían con estupor que el origen de nuestra crisis se encuentra en el fundamento de la historia, es decir en los griegos, y en el libro Judaico. Yo ya no puedo sinceramente creer en la importancia y en la necesidad de una obra contemporánea que se limite a constatar hechos, a refinar métodos y a disecar temas si las interrogantes no se dirigen al corazón mismo del cimiento histórico occidental puesto en relación automática con un presente que es su consecuencia absoluta, y si no se sacan las conclusiones del caso, las de "causa" a "efecto" –las pruebas existen incluyendo todos los desvíos de rigor–.

El contrato natural, último libro de Michel Serres, un polifacético y ya anciano pensador francés, ha sacudido –exagero– apenas a los críticos que, en general, como bien lo ha dicho alguien cuyo nombre olvido, no pierden una sola oportunidad de hacer la genuflexión delante de los ídolos, y rendirles oportuna e interesada reverencia. Todas las críticas han sido elogiosas, sin necesidad alguna, en la medida en que el señor Serres no hace sino empujar, como se dice aquí, puertas abiertas.

"Desde Descartes y su formidable proyecto de hacernos dueños y señores de la naturaleza, escribe el filósofo Luc Ferry de su libro, no hemos cejado en la voluntad de dominar el mundo. Antes que nada lo hemos despojado de su misterio decretando que él no es sino un stock de objetos cuyos mínimos aspectos son 'calculables'. Liquidados, el

animismo y las 'cualidades ocultas', las fuerzas misteriosas que circulaban todavía en la naturaleza de los alquimistas medievales. Y eso no es todo: no contentos con desencantar el mundo, hemos desarrollado, con el nacimiento de la industria moderna, los medios de consumirla hasta su agotamiento total. He ahí el mensaje de Serres (...) Ni optimista ni pesimista (...) se limita a constatar que el progreso de la ciencia no va acompañado del progreso de la sabiduría".³

Con el respeto que les debo a Michel Serres y al joven Luc Ferry, no veo en el "alegato" del primero ni en la reseña del segundo ninguna originalidad, allí donde el encargado de promocionar el libro y de halagar al viejo maestro hace conocer al lector la existencia de un mensaje que no se hubiera dicho nunca antes. El público comprará el libro, se excitará de entusiasmo y de admiración leyendo la verdad, mas no tendrá tiempo de hacer un propósito de enmienda relacionado con su manera de vivir y de pensar. Hace cuatro siglos que alguien suficientemente conocido en Occidente afirmó que esa ciencia sin conciencia es la ruina del alma, y otros lo afirmaron con otras palabras antes de él. Hace muchos siglos que las lecciones de los pocos lúcidos no han servido sino para ser olvidadas, olvidadas al tiempo mismo de ser enunciadas, pues la moral nunca ha sido algo exterior a la racionalidad al punto de impedirla, o de modificar su curso. Ningún periodista, y menos aún los amigos del escritor, pensarán que el libro de Michel Serres está bien escrito pero que no es más que el producto de la coyuntura ecológica, de su edad propia a las memorias, y de la inflación mediática. Que el Occidente no ha aprendido ni tiene intenciones de aprender lo que nunca ha querido porque sus objetivos son otros. Que los individuos que creen hacer la

3. *L'Express*, París, 13 de abril, 1990.

historia no hacen sino participar en su trayectoria, que se realiza sola, es incontrolable aunque perfectamente coherente, y que si hay algún mensaje que dar es aquel que explicaría por qué, por un lado, luego de tres mil años de historia occidental, no ha sucedido nada, salvo hechos, y, por otro lado, por qué esos hechos siguen siendo opacados por la sospechosa erudición contemporánea, que se complace en sí misma, con una seriedad sin nombre.

En el dominio de la literatura tomo la última muestra que acaba de deslizarse en mi buzón, abonado como estoy al mensual poético y literario de Bruselas, y en el cual leo "Una mirada aguda dirigida a Paul Delvaux", el pintor surrealista belga, por uno de los actores del mundillo literario actual en un libro consagrado al pintor:

"Una obra inspirada, porque [nos] esconde eso mismo que le da origen, y lo que la funda no viene sino de ella misma, de sus propias exigencias plásticas: formas de una exactitud extremada, representación mística del sueño y de la vida, espacio y luz hechos poesía, pureza de líneas silencio y dramatización. En pintura la verdad es estética".⁴

Nacido en 1897, fallecido recientemente, alejado habitualmente de los comentarios y de las camarillas, Paul Delvaux se hubiera interesado menos aún en otro elogio que, como este último, no ha sobrepasado jamás el lugar común. El periodista crítico, sin embargo, que traza su crónica, recibe el elogio de su "soberbia definición de la obra de Delvaux", en un pequeño artículo de un difundido mensual que repite, en otro párrafo, el adjetivo soberbio, e insiste, como si fuera poco, en subrayar la presencia del "excelente comentador" que es el autor —su

4. "La chronique d'Emile Lanc". En: *Le mensuel littéraire et poétique*. Bruselas, Nº 186, junio, 1990.

amigo— de los textos del álbum Paul Delvaux.

El célebre neurólogo francés Jean-Pierre Changeux, por su parte, afirmaba recientemente, al igual que Luc Ferry, que “la separación del cuerpo y del espíritu es un mal del que sufrimos desde Descartes”. No cabe duda de que él hace referencia al proyecto racionalista *moderno*, pero es indudable asimismo que el hecho de no mencionar a la antigüedad o al medioevo no deja de sorprender, como si la historia hubiera sido sólo moderna, o como si ella hubiera comenzado en el siglo XVII. Descartes no inventó el racionalismo, que no es moderno, así como Freud no inventó el inconsciente. El primero fue un importantísimo eslabón de nuestra historia, mas sólo la respuesta a la pregunta, el resultado oportuno, en el proceso de desarrollo del misticismo occidental, del nominalismo de Guillermo de Occam. Este tuvo en el emperador Federico Segundo de Hohenstaufen (siglo XII) un ejemplo de pensador y estadista de primer orden, quien no creía ni en Dios ni en el diablo, que sólo depositaba su confianza en la ley y en el derecho, en la observación, en la experiencia racional y en la necesidad de las cosas. A su vez, conocía perfectamente la tradición romana difundida por la reflexión de Lucrecio, quien tampoco inventó un pragmatismo y un ateísmo que le fueron inculcados por Epicuro. La separación del cuerpo y el alma, como se sabe, no fue tampoco, aun queriéndolo, el privilegio del cristianismo, que por su lado tomó una ideología importada y que, salvo una que otra veleidad fraternalista y amorosa propias, y uno que otro dogma, no revistió ninguna originalidad, menos aún aquella que hizo de su institución eclesiástica y pastoral, cuando no un garito de bandidos, sí un partido político en colusión permanente con el crimen, el dinero y el poder.

Es en esta inocencia ficticia, que consiste en referirse a una mentalidad que habría nacido armada con el cartesianismo y con el “materialismo”, protegida por dioses tutelares, “espirituales” e intocables denominados religión o arte, estos últimos

protegidos a su vez por no sé qué sacrosanto estatuto engeguecedor, que yace la imposibilidad para el europeo moderno de atar cabos y de conocer los pormenores de su historia, único saber capaz de hacerle tomar conciencia de las razones del estado actual de la civilización, desde el "alma", como dice muy mal Ernesto Sábato, hasta la ecología.

Porque, ¿qué grado de claridad existe en el simple entusiasmo, comprensible, por cierto, pero insuficiente, de Sábato, asegurando que de "la brutal crisis en que estamos muriendo (...) sólo nos puede salvar el arte", mientras no se analicen y conozcan, primero, las razones del estado catastrófico y totalmente podrido e insignificante de las energías creadoras artísticas, sometidas al sistema, y segundo, y en consecuencia, el concepto mismo de arte, que no es lo que se cree que es? Ningún antiguo concepto —absoluto, arte, trascendencia, espíritu, belleza, religión, Dios, etc.— tiene ahora el mismo significado frente a una realidad que ya no es la misma, modificada paradójicamente por la trayectoria histórica del concepto en busca de la energía del mundo.⁵ De allí la necesidad imperiosa de revisar íntegramente los fundamentos históricos y los sustantivos que les dieron forma. Porque es en la relación existente entre la palabra y la realidad del mundo que reside una de las principales claves de la mal

-
5. "El apocalipsis según Sábato", por Juan Cruz, en *El País*, 31 de mayo, 1990. Sábato ignora que el arte no podría salvar a un sistema en picada porque, como la moral, el arte no es exterior al sistema. Si el edificio occidental se derrumba, no veo cómo y por qué quedaría milagrosamente flotando un reducto aéreo, inmaculado y radiante en sí mismo, "artístico", rescatado del siniestro y llevando en su seno a personalidades vírgenes y santificadas. El fin de la historia del arte se comprende si se acepta que el concepto, que es sólo el instrumento del mal llamado "pensamiento" humano, se ha dado de cara con la energía del universo. La historia del arte consistió en lanzar el concepto a la caza de la evidencia del mundo, de su mera actividad creadora. El choque entre los dos, la identificación de aquél con ésta, tuvo lugar en cuatro etapas principales:

llamada decadencia occidental. Baste comparar la riqueza increíble de los conceptos y del vocabulario habida desde la antigüedad hasta el siglo pasado, necesarios precisamente para forjar un devenir, un ideal, un mundo y su representación. La coincidencia entre la ausencia de representación del mundo y la crisis universal de la educación en las sociedades occidentales no ha despertado, cosa extraña, la curiosidad siempre alerta del intelectual, a pesar de que toda la obra de Wittgenstein, en la primera mitad de este siglo, puede permitirnos apreciar que es allí, en la incapacidad del lenguaje de dar cuenta del mundo, que se termina el proceso, que se desequilibra la persona, que "Dios" emerge como "ocurrencia" de las cosas del mundo, como "operación funcional", como lazo de las dos series en las cuales consiste la energía de las cosas: la de las formas lógicas y la del conjunto de acontecimientos.⁶

Dos conclusiones se imponen: la primera, que si las máquinas continúan a informar el mundo, éste, falto de palabras adecuadas que lo ensanchen y le den forma, como antiguamente, se encogerá cada vez más. La segunda, que no es la palabra, entonces, lo que dará al occidental su verdadera humanidad, sino algo mucho más adecuado y funcional que ella: la máquina fotográfica, la televisión, las computadoras, las imágenes sintéticas, es decir, lo que une instantáneamente el concepto del hombre con la energía del cosmos; lo que comprende mejor el universo, produciendo en el humano la pérdida

el arte no figurativo, el *ready-made*, la escritura automática surrealista y el arte conceptual propiamente dicho. Yo defino el pensamiento como la vibración invisible, de la energía atómica de las cosas del mundo, incluyendo al hombre, bien entendido, pero en quien ella está disminuida por la palabra. El ser humano no piensa, él sólo conceptualiza y conoce imperfectamente en razón de una energía (pensamiento) *desnaturalizada* en lenguaje (concepto).

6. Wittgenstein, Agnes Lagache. *La logique d'un Dieu*. París: Les éditions du Cerf, 1975.

del sentido de la realidad; el advenimiento de otra cultura y un nuevo estado de las operaciones mentales, menos conscientes pero más eficaces.⁷

No es aquí donde contestaré a la pregunta que permitiría explicar cuáles son las razones que han obligado a la civilización occidental a seguir ese recorrido histórico que culmina en la captura del espacio/tiempo, es decir, en la supresión de la distancia física y mental existente entre la sociedad y las cosas, al punto de hacernos vivir en la abstracción de la realidad. Sólo dejaré dicho esto: en primer lugar, que una vez que se alcanza el objetivo de identificar el concepto al mundo gracias al automatismo de las máquinas y a la unión de las dos series citadas antes; una vez que la inteligencia artificial aprehende mejor las cosas que la palabra, queda muy poco que hacer, en todo caso, no queda nada que *fundar*, pues tal ha sido la meta perseguida –inconscientemente– por Occidente. No hay entonces ya ni utopía ni retorno. Dios es el funcionamiento del mundo.

Ahora bien, si Dios es el funcionamiento del mundo, nada es lo de antes, pues el funcionamiento del mundo lo ha sido siempre. Tanto menos cuanto que si se observa atentamente la gesta occidental, las entrelíneas de todas las definiciones tradicionales de Dios y los determinantes intuitivos y teóricos de los artistas se refieren, incesantemente, desde el inicio hasta hoy, al funcionamiento en cuestión, lo que es lógico suponer desde que "Dios", noción abstracta que no se refiere a nada específico pero que resuelve todo, no podía ser corroborado como *lo funcional* antes del advenimiento de la ciencia, de la filosofía, del arte y de la realidad abstracta contemporáneos, antes del fin de la primera historia occidental.

⁷ La realidad no está fuera del hombre, tal un objeto; está adentro, en el sujeto; no en los ojos sino en la mente. Puede modificarse por lo tanto lo que distingue a una cultura de otra. En rigor, puede hasta desaparecer. El hombre puede lavarse todo, decía Paul Valéry.

En segundo lugar, que es en esta ausencia de distancia entre la mentalidad contemporánea y el desarrollo de los acontecimientos, entre la palabra y el mundo que ya no deja sitio a ésta, sino al automatismo divino de la máquina que *resuelve* el mundo, distancia que antiguamente era el sitio que pertenecía a la realidad, es en la ausencia de esta distancia que permitía al individuo tener cabida en algún lugar de su propia mente *con relación* a la realidad del mundo, que se producen todos los síntomas mórbidos, como los calificaba Gramsci, todas las malevolencias, los irrespetos; en ella que tienen lugar, faltos de control y de espacio/tiempo para la reflexión, todos los excesos y las inmoralidades, justamente cuando los milenios de civilización que nos han fundado permitirían esperar lo contrario.

O sea: sólo queda, luego de milenios de búsqueda de la energía cósmica, la energía cósmica encontrada, de la que el occidental forma parte, mas ahora desprovisto de la representación que, bajo forma de símbolo, por lo tanto de lentitud, le permitía un relativo equilibrio. Es decir: sólo queda la sola energía predadora, la sola fuerza competitiva, la sola proeza física, sin reglas "humanas" y, por cierto, sin moralidad, que, repito, no ha sido nunca otra cosa que la adaptación de la racionalidad a sí misma. Es en esta ausencia de distancia entre el cuerpo social e individual y la realidad que el cuerpo energético del civilizado se desboca, que su psicología energética se desequilibra, pues no tienen contacto sino con la energía del pensamiento del mundo, que no cesa, y que es más poderosa que la del hombre, debilitado por la palabra.

Ella explica la imposibilidad para el individuo de no ver otro espacio/tiempo que el de sí mismo, uno narcisista con relación a la persona, fetichista con relación a los objetos, los de la historia y los de la actualidad. Ella explica la exagerada y demente "cultura" del cuerpo físico, la violencia, el desencadenamiento del sexo, la histeria colectiva en los espacios públi-

cos, la agresividad de la música, la droga, y, en el dominio de la no violencia, el artificio (todos los "deportes" a domicilio), y la depresión. Ella explica la poca urbanidad, el casi nulo sentido cívico, la desaparición de la *politesse* que siempre fue, no un signo de buena educación, sino esencialmente el reconocimiento del otro. Ella explica las relaciones dislocadas con el prójimo, que se traducen en una transferencia psicológica hacia el animal doméstico, el cual no puede dejar de recibir y sufrir del amo la contradicción que significa un afecto que no tiene sentido: el animal es un producto de consumo, no un ser vivo, su compra es por lo general un acto primario, que culmina en su abandono. El maltrato del que es objeto el animal en Europa es del orden de la insanidad. Ella explica sobre todo el desbocamiento, material y síquico, del único cuerpo energético incólume en medio de tanto escombros, y no hay necesidad de explicar por qué incólume: el cuerpo del dinero.

Dicho esto, ¿cuáles son los síntomas mórbidos salidos de las luces de 1789? Una democracia europea que denuncia guerras internacionales pero que vende y trafica, a diestra y siniestra, el armamento que conviene al florecimiento de su economía y al enriquecimiento de potentados. Una democracia que trafica y lava el dinero de la droga. Una democracia dirigida ya no por hombres de Estado (ya no son necesarios) sino por gestionarios del funcionamiento social, politiqueros, demagogos, inescrupulosos y/o corrompidos por las coimas y la especulación. Una sociedad en la que buena cantidad de industriales, químicos, farmacéuticos, médicos, abogados y hombres de negocios trafican con falsos documentos y engaños los desechos nucleares, la sangre, los esqueletos y órganos del Tercer Mundo, incluyendo la alimentación diaria que pone en peligro la salud de la población y que la ley no necesariamente castiga; que vierten sus desechos en ríos y mares participando en la destrucción voluntaria de la ecología y del hombre. Una demo-

cracia que mantiene un sinnúmero de prisiones en estado insalubre, prisiones europeas superpobladas, desprovistas de retretes, con comidas frías, infestadas de bichos, atentando criminalmente contra la dignidad del individuo y los derechos del ciudadano, cuando no a su vida. Una democracia que permite la existencia de gran cantidad de asilos para ancianos, inhóspitos e indignos, desprovistos de control gubernamental y dejados a la incuria de sus promotores, quienes, amparados por leyes inexistentes explotan a sus enfermeras que no ganan, por hora, más que una doméstica.

Una democracia con dos ritmos: uno veloz, capaz de producir 7 mil millones de dólares de beneficios en un año (Olivetti, 1989); otro lentísimo, incapaz de hacer llegar parte de ellos a quienes más los necesitan; capaz de generar 3 mil millones de dólares (Sociedad General, Bélgica, 1989), indiferente, por un lado, en nombre del liberalismo, a la necesidad imperiosa de una pequeñísima proporción de esa cifra para resolver el problema local de los maestros o la reivindicación inútil de los enfermeros; emprendedor, por otro lado, en nombre del mismo sistema, frente al interés evidente en subsidiar a un club del fútbol con una buena decena de millones. Una democracia cuyos gobiernos prefieren financiar ostentosamente campos de golf antes que infraestructuras hospitalarias, apoyados por el silencio de masas sedientas de circo e inconscientes del pan que ya no les cuesta. Una democracia que gasta 290 mil dólares por un minuto de publicidad filmado además en el exotismo excitante de un país del Tercer Mundo; que otorga premios fabulosos en dinero a individuos diversos encargados de entretener a la masa y que merecen, sin duda, el elogio profesional, mas no un precio que exhibe todas las tareas del artificio, de la desproporción, de la especulación, del prestigio propio de aristócratas y que en otros tiempos hubieran inclinado sus cuellos al ritmo alegre de la guillotina. Una democracia que da

a los trabajadores de la Comunidad Europea residente en Bruselas el privilegio de 2.600 dólares de sueldo libre de impuestos, sin contar otras prebendas y un trabajo exento de responsabilidad. Una sociedad que ha instituido los viejos valores fundadores al revés, promoviendo todas las actividades prácticas y rentables, desfavoreciendo con ellas las llamadas del espíritu, propias a desarrollar la distancia de la reflexión.

Sus ídolos son en consecuencia de barro, con una disponibilidad diríase natural a la venta de sus imágenes a cambio de dinero, entiéndase a la prostitución, santificados por una hagiografía y un culto innobles a sus apariciones y a sus reliquias. Sus peones no son los docentes sino los promotores de servicios y de ocio, sus correas no transmiten saber sino flujo monetario y aparente placer, sus goces son efímeros como la velocidad, que gana distancias sin ocuparla, como la luz, que ilumina con la condición de enneguecer. Una democracia cuyas leyes son incapaces de generosidad o de sentimiento de verdadera defensa del ciudadano modesto frente a la ferocidad inmobiliaria o a la de la necesidad pública, ferocidad privada y necesidad pública que roen y destruyen impunemente incluso patrimonios arquitecturales y ecológicos protegidos. Una democracia cuya policía maltrata arbitrariamente, veja, ofende y disimula delitos, protegida por su propia autoridad e imagen. Una democracia que abandona el continente africano en razón de su falta de rentabilidad, luego de un siglo y medio de explotación y de absorción de la médula de sus recursos en nombre de valores civilizadores.

Una sociedad de un nivel educativo incalificable, inculto, rebajado a la brutalidad epidérmica del divertimento, sumido en la más notable de las contradicciones: la de un bagaje ínfimo adquirido en la edad escolar obligatoria de 18 años, que es la misma que da acceso a la responsabilidad legal, familiar, comercial y política; el de una cantidad inimaginable de cono-

cimientos inútiles; el de una cantidad jamás vista de información no consultada; el de una acumulación de saber inaudita fuera del alcance del saber; el de una cantidad insospechable de conciertos, de obras teatrales, de academias diurnas y nocturnas, de festivales de todo tipo y en toda estación, es decir, de esa vieja cultura que forjó nuestro siglo y que es incapaz, en ese dechado de productividad y de frecuentación, de despertar al individuo y de darle conciencia de lo que es en verdad esa "cultura" vehícula. Dicho en otras palabras: la paradoja de una cultura inepta, que es la de un mundo sin realidad. Por esta simple razón: la cultura en cuestión, que no es eterna, no pertenece a este tiempo, que no puede hacer de ella sino un museo, una reserva turística, esencialmente anacrónica, inadecuada y estéril. No es de sorprender que el gesto de Caifás dirigido a la ofensa venida de Fukuyama haya sido para el europeo imbuido de sí mismo tanto más enérgico cuanto que ella le recordaba su propia verdad: "En la hora poshistórica no existirá ni arte ni filosofía, nos limitaremos a cuidar eternamente de los museos de la historia de la humanidad".⁸

-
8. "Para mí el mundo es un museo", decía lacónicamente el artista Robert Smithson en los años sesenta. El encogimiento del mundo, fruto de la pérdida de la distancia, producto ésta de la unión mística entre el concepto automático y el automatismo del universo, acaba de ver nacer un ejemplo más: la nueva manera de editar el saber en el *Diccionario electrónico* de la casa editora Hachette, en París. Sonido, imagen y texto, gracias al láser y a la informática, permiten, teóricamente, mecánicamente, acceder al saber universal. Dice *Le Monde*: "El utilizador encontrará más de 400 mil formas derivadas (conjugaciones, femeninos, etc.), 8 mil lugares repertoriados en el mapa de un atlas y un diccionario de sinónimos". "El Diccionario... puede encontrar instantáneamente, intercambiando datos, todos los músicos ingleses, los oradores griegos, las celebridades nacidas en 1950 o las que vivían en el año 440 antes de Cristo". Y esta perla: "La última palabra del Diccionario: zynonyms, una ratita con cola blanca, proveniente de Australia, especie recientemente desaparecida". La ratita de la especie zynonyms ha desaparecido como la ciencia griega. Y

Una sociedad cuyas cifras estadísticas de suicidios, de desequilibrados, de alcohólicos, de drogados, de insomniacos, de violentos, de muertos ungidos por la fascinación incontrolable de la velocidad, son difíciles de creer. La sociedad europea sobrevive gracias a los tranquilizantes, a los psiquiatras y al divertimento, sociedad en la cual se creería observar a un grupo humano primario en sus reacciones, en sus desfogues, en su desarticulación relacional, en su inconsecuencia, en su agresividad instantánea, en su malhumor, en su egoísmo, en su angustia, en su falta de columna vertebral íntima, en su ausencia de vida interior, en su neutralidad y casi inmovilismo para todo aquello que no es extroversión frenética de lo único que le queda: su cuerpo, su grito, su sexo. El racismo no podía no resurgir en su mantillo tan fértil, y el cuerpo del dinero no adquirir el aurea de bondad que ha obtenido. (No es, sin embargo, el consumo en sí mismo que es grave. Siempre se ha consumido imágenes, objetos y fantasmas. Es el hecho de que

ni una ni otra resucitarán. La razón de ser del Diccionario electrónico no es procurar saber, pues éste es imposible en un mundo reducido a su epidermis y desprovisto de realidad. Su razón de ser es de orden compilador, recuperador y museográfico, sin ningún valor práctico para el saber del siglo XXI, que no necesita ni de los griegos ni de la belleza de las especies vegetales o animales: de otro modo estarían con nosotros. El hombre, y el hombre occidental, son un antinaturalista nato, y un predador; y el predador demócrata un criminal, que convierte a su víctima en fetiche, rindiéndole alabanza luego de haberla sacrificado. Ninguna de estas maravillas informáticas enseñará a un alumno a expresarse correctamente y a utilizar las sutilezas emocionantes que el empleo de los sinónimos permite porque el mundo contemporáneo, y futuro, no necesitará sutileza. La funcionalidad, el pragmatismo y la eficacia no tienen sinónimos, no admiten matiz. Si es la palabra que ha creado la máquina para aprehender mejor el mundo, no es para que ésta dé nueva vida a lo que ya no puede con las cosas. Lo que el público es reacio a aceptar es esto: que la sabiduría griega, la ideología cristiana y el arte han sido los medios de los que se ha servido la civilización occidental para lograr unir sus logos, su verbo, al cosmos, unión realizada hoy en la

el funcionalismo no da a la persona, ni en el hogar, ni en la escuela, otro camino. El consumo no es la causa sino el efecto de la reducción de la realidad a su pura energía. La ausencia de vida interior no es un defecto cultural en sí mismo, es la cualidad inscrita en una cultura de pura exterioridad. El misterio abstracto de la encarnación del verbo se define así: la interioridad es la exterioridad, justamente lo que decía Magritte de sus cuadros: "Lo que quiero mostrar es lo que se ve").

¿Y la belleza? En la imagen. No en la imagen de la realidad; en la imagen *como imagen*. En la lógica histórica que trato de explicar, y que se inicia con el deseo platónico de aspirar a lo que Platón no podía llamar el funcionamiento de las cosas, y que culmina con la inclusión de la sociedad en el funcionamiento del mundo, no hay ninguna relación entre la imagen y la realidad, pues ésta última no existe. Hay la imagen, que vale por sí misma y desdice, más bien, de la realidad, pues es para eso que se forjó, si se recuerda que desde el

abstracción, en la reducción de un todo operatorio y lúdico, pero insertable. El estado catastrófico del Occidente es, provisoriamente sin duda, el efecto paradójico de un tal triunfo.

Es a este mundo sin realidad, movido por el solo cuerpo del dinero, que la publicidad bancaria y todo el sistema publicitario occidental, haciendo uso recuperador de viejos temas bíblicos, morales, y de las emociones innatas del hombre con un cinismo ejemplar, invita a entrar, comenzando por todos y cada uno de los niños de Europa. En cuanto a las ideologías políticas, y según la intención de Fukuyama, antes del fin de la historia el socialismo se erigió como ideología en contra de lo que él creyó ser una maldad: la inmoralidad salida del capitalismo y del opio del pueblo. La poshistoria es el resultado de la volatilización de las derechas y de las izquierdas, pues el funcionalismo no admite tampoco esta dicotomía. Esta fue necesaria, como dialéctica, durante el proceso histórico que vio surgir el marxismo-leninismo. Paradójicamente, el social-comunismo no ha parecido nacer sino para reforzar la tesis capitalista, que la historia, en su culminación ideológica, ha confirmado. El pragmatismo, entonces, ya no admite los campos adversos; sólo la maldad.

platonismo y su declaración radical, reforzada por el cristianismo, de la invalidez de las apariencias materiales, la naturaleza y la realidad han debido sublimarse y dar lugar a su doble, que es, precisamente, *función* de realidad: en tanto que función, la imagen cumple efectivamente, mejor que la realidad, el rol de mantener la realidad "en vida".

La imagen no es la copia de ésta, es *su modelo*, tal cual fue dicho por los defensores de la fotografía y el cine. De allí que todo el sistema democrático occidental dependa de ella, y de allí que su mecanismo íntimo repose en el simulacro, término sabio que quiere decir: mentira. La imagen publicitaria es el ejemplo mayor de lo que no sucede en la realidad cotidiana, pues su esencia consiste en descalificarla. Cuanto más emisiones televisivas sobre la fauna y la flora universales haya, cuanto más casetes con los cantos y los hálitos de los animales grabe, más convencido debería quedar el público de la desaparición progresiva, determinada e ineluctable de la fauna y la flora terrestres. Cuanto más *slogans* publicitarios hayan ofreciendo todo tipo de mercadería sobre fondo bucólico, familiar, armónico y bello, apoyados en textos, en fórmulas plásticas y en tonos tendenciosos (*"El apetito de la vida"*, Kit e Kat, alimentos para gatos; *"Díganos cómo ser mejores"*, Banco de Ahorros AN HYP; *"Nadie es totalmente blanco, nadie totalmente negro"*, whisky Black and White, acompañado del emblema del Yin-Yang; *"No pase al lado de las cosas simples"*, salchichas Herta), más convencido debería quedar el público de que el fondo en cuestión no es la imagen de una sociedad feliz sino la realidad de una vida degradada, de un entorno podrido, muerto porque malamado, de hogares rotos, de un *savoir-vivre* vulgar, de sabidurías imposibles y además fundamentales despreciadas por el propio imperialismo occidental. Cuanto más imágenes promoviendo el turismo se lance al mercado, más debería asegurarse el público de que la ocupación masiva del

mundo deja a sus ocupantes en la más total ignorancia de los lugares que han hollado, indiferentes a su historia y a su geografía, inertes o sólo exclamativos delante de su belleza, incapaces de apercibirse que de todas maneras el interés no podrá despertárseles puesto que el desinterés, el olvido y la confusión son la sustancia misma del turismo como sistema democrático, no de viaje, sino de desplazamiento de masas. La máquina fotográfica con la que capturan instantáneamente la presencia inocente de las cosas es la prueba misma de que la realidad es ya inexistente en la voluntad de la máquina de transformarla en abstracción, en algo definitivamente alejado del hombre, no por estar lejos, justamente, sino por su excesiva, fulgurante y volatilizada cercanía. No hay equilibrio humano sin distancias establecidas con el absoluto.⁹

No hay nada temerario, pesimista o catastrófico en esta opinión, que es la constatación de hechos y el diagnóstico de una situación. Hay más temeridad, pesimismo y derrotismo en aquel que rehúsa reconocer el síntoma y afrontar su realidad. El lector que me lee pensará en algún prejuicio que me obsede, en alguna amargura, o en algún mal humor. Es solamente el deseo de desenmascarar el mal que se presenta en esta sociedad usada y roída por su propia riqueza racionalista bajo las apariencias de la vitalidad y de la belleza, y que son llevadas incluso por aquellos que manifiestan el voto de corregir la realidad sin por ello, contradictoriamente, querer reconocer el síntoma y sus claves, promoviendo así el oscurantismo.

9. No hay ninguna verdadera realidad, es decir, no existe ningún verdadero sentido en la energía vertida últimamente en la plaza San Marcos de Venecia, por la reunión de 200 mil jóvenes frenéticos delante del retorno de los Rolling Stones. Sólo esa reunión, el frenesí, el desahogo individual de 200 mil cuerpos ilusos y tres días necesarios a las fuerzas armadas italianas para limpiar la plaza de lo que quedó de aquellos que critican a la sociedad y defienden canones ecológicos.

Es en ese sentido que me parece claro que la casta más comprometida con el sistema, y la más aferrada a su poder, es la casta intelectual. Se necesitaría una nueva ciencia sociológica que investigue a fondo el complejo mecanismo de la inconsecuencia y de las contradicciones que conlleva la práctica de una soberbia, de una ignorancia, de una suficiencia y de una cobardía inscritas en el mismo cerebro del funcionalismo y de aquellos que contribuyen a su expansión. Es, en efecto, arriesgado pronunciarse ahora en contra de una opinión difundida cuando ésta es acogida y defendida por un sistema que neutraliza, con su indiferencia y con su temor al cuestionamiento, toda crítica ajena, en nombre de principios arbitrarios ejercidos por un evidente terrorismo intelectual¹⁰. De los intelectuales, que deberían más que nunca dar ejemplo de valentía y de honestidad, esta autodefensa de casta se extiende a la generalidad, pasando por una crítica periodística que se deleita en un océano de adjetivaciones, en la total ausencia de fondo, en la complicidad, en el oportunismo y en el clisé, por una razón simple también, y que puede explicarse; el proceso de la historia de las letras se ha terminado, no existe ningún valor novelesco o poético capaz de edificar una "sociedad justa y evangélica" porque tal sociedad, primero, no fue constituida ni por la justicia ni por el evangelio; segundo, porque no es ni la poesía,

10. Tengo a la vista la carta dirigida a un colega por el director de los Cuadernos del Museo de Arte Moderno de París, el Centro Pompidou, en respuesta al pedido de publicación de dos artículos extremadamente interesantes, científicos, y pertinentes: "... Nos han parecido demasiado críticos para ser publicados. Tenemos ciertos principios (...) que deben guiarnos hacia una producción positiva. Es penoso confesar que los tiempos de la polémica ya hayan pasado. Pero nosotros tratamos de hacernos oír con textos constructivos. Si algún día puede ofrecernos ese tipo de contribución, lo tomaremos en consideración". (*Yves Michaud*, Jefe de Redacción, 5 de junio de 1989).

ni la novela ni el arte que la constituirán. El futuro —el tiempo, como se sabe, es una invención del hombre y continuamente cambiante— es algo ya instantáneamente acaecido en la actividad mental de individuos que pertenecen a una estructura social que ingiere y evacua en el acto las expresiones privadas de los artistas, cuyas producciones ya no tienen alcance social, lo que se explica fácilmente pero que es imposible desarrollar aquí.

Son múltiples los ejemplos que podría ofrecer como prueba del abandono natural —histórico— por parte de los intelectuales y artistas, del futuro como ideal, del ideal como meta y de la apropiación que han hecho del signo mismo del automatismo expresivo, jugueteón, insignificante y funcional. Sólo daré dos: la del novelista francés Pascal Quignard, que ve la salvación en una literatura "no dominada" por el estilo, en la que afloraría "el ensueño, el *playings*" una obra "desprogramada" en la cual "cada cual pierde pie", una obra "fluida, más sucia, más primaria, más sexual, una obra en cuyo centro no se sabría muy bien lo que se hace". La del artista *pop* americano Claes Oldenburg, que defiende "un arte que sea político-erótico-místico, que sea algo más que poner el culo en un sillón de museo. Estoy por un arte que se confunda con la mierda diaria y que gane. Estoy por un arte que te dé la hora, o que te indique la calle. Estoy por un arte que ayude a las viejitas a atravesar la pista".

No hay desencanto alguno ni ironía en estas declaraciones, la segunda de las cuales data de hace 30 años. Es el reflejo fiel de la unión de la metafísica con la meta física, que no tiene más allá, y que se produce en el acto. Ya no hay nada más allá del occidental, más allá de la instantaneidad de la aparición del mundo, en cuyo tiempo instantáneo no hay espacio para la realidad, ni en consecuencia para un nombre dado a la realidad, como antes se dio, a la primera y a la última realidad, el

nombre de Dios. Todo el futuro del occidental me parece residir en este minimalismo vertiginoso: saber qué nombre, qué sustantivo y qué práctica dar al funcionamiento del mundo sabiendo que el hombre, mientras siga poseyendo la misma actividad neuronal, necesita otra cosa –la misma– que ya no es el nombre de Dios.

Dicho esto, los síntomas descritos, que configuran en verdad un síndrome, no durarán eternamente. Pasarán, y se reestructurarán en un tipo de sociedad que es difícil imaginar, a pesar de una u otra idea que se pueda tener al respecto¹¹. Esta sociedad absorberá –pienso– los dos problemas importantes que quedan por solucionar: el primero denominado “retorno de lo religioso”, el último “la tercera vía” posible para la esperanza dejada por la situación de los países del viejo bloque del Este. Como van las cosas, nadie cree honestamente que el liberalismo occidental verá modificada su facies gracias a lo que

11. Hablo, por cierto, de un futuro sin accidente mayor. Un artículo escrito por Vargas Llosa en *El País*, intitulado *La Historia y la novela*, y en el cual critica el historicismo, no ha podido ser refutado. Sus vistas, en sí correctas, sobre el desorden de la energía de la vida y el orden puesto por el historiador y el novelista en sus respectivos ámbitos a fin de tranquilizar al hombre, son incompletas, y adolecen de agudeza analítica. El escritor, en su deseo, legítimo, de desacreditar el historicismo refutándolo, parece reducirlo a la previsión del futuro, por un lado; por otro, no toma en cuenta que ese desorden que, según Karl Popper, de quien Vargas Llosa se inspira, impide la previsión en cuestión, está íntimamente ligado al sistema de la paradoja, esencial en el comportamiento, incluso celular, y que explicaría perfectamente la irracionalidad de la razón. Me parece útil insistir: no habrá real conocimiento del mal que parece destruirnos, y del cual sólo la historia occidental y sus actores son responsables, si se deja de lado cartas fundamentales. La paradoja es una de ellas, propia a hacer nacer en el hombre el mito y la realidad de la identidad de los contrarios; así como el rol del inconsciente, y el del resorte metafísico, inscrito en la capacidad neuronal de llevar la memoria del universo, del “paraíso” y de la luz, punto de partida del apetito inconsciente de la imitación de la naturaleza y de su origen.

sería un aporte "humanista" venido de países al mismo tiempo hartos de la estafa totalitaria y desconfiados de la disolución demócrata. Hay mucha lucubración, pero no cabe duda de que la unificación europea se hará bajo el estandarte de un funcionalismo natural que contentará a la mayoría, del Atlántico a los Urales. Pocos serán capaces de resistir a la abundancia. En cuanto a la religión, siempre y cuando la hipótesis funcionalista sea buena y los indicios no se equivoquen, verá su práctica abierta a todos los estilos, del deporte a la superstición, del integrismo católico a la comunidad carismática, frutos de una creencia en todo y en nada, de una terapia, de un "remake del romanticismo", de una "caja de herramientas" "buena para todo tipo de chapucería, en función de la eficacia que permitirá al ejercicio de experiencias personales en vista de favorecer el logro íntimo de los individuos"¹². Y ese logro íntimo será con toda probabilidad dependiente del logro material. Me parece imposible, sabiendo que es la esencia del cristianismo, de carácter dualista, la que ha permitido metamorfosearlo en práctica funcionalista adaptada a su propio futuro, me parece imposible un retorno al evangelismo y al proselitismo vaticanos, que no corresponden a la "salida de la religión".

Todo parece azaroso, pero nada es gratuito, y así como la historia se desarrolla fuera del control de los hombres y condicionada por su lógica propia, así las reflexiones filosóficas y las informaciones inscritas en las imágenes y en las obras de arte cumplen con el cometido que le imparten las sociedades humanas. El síndrome desaparecerá cuando el nuevo equilibrio social, fruto de la próxima etapa que renacerá de sus cenizas,

12. Danièle Hervieu-Léger, Krzysztof Pomian, y otros. "Y a-t-il un retour du religieux?" Debate en *Le Debat, Histoire. Politique. Société*, Nº 59, París, marzo-abril 1990.

tomará forma en la nueva cultura con el consiguiente precio pagado al funcionalismo por la justicia; un alto precio de maldad *soft*. Lo que sí es cierto es que la historia continuará allá donde aún no se ha terminado, en el Tercer Mundo; en el que se vive, por razones de historia general, es decir de encogimiento del mundo, la situación extraña de una revolución francesa no llevada todavía a cabo en momentos en que el socialismo y el comunismo son obsoletos; a lo que se añade la obligación de adaptarse a este encogimiento, a la presión y a las estrategias políticas de un mercado multi y transnacional, pragmático y prepotente. Las soluciones que deberá encontrar el Perú, por ejemplo, a su propia historia, tendrán que ser el resultado de una inteligencia eminentemente nacional, mezcla de futurismo y de folklore, de una lucidez radical y de una desconfianza total en la quimera de la izquierda, en la sirena de la derecha, y en la utopía de lo sobrenatural. Me parece ilusorio, a este respecto, fomentar, como lo hizo recientemente el arzobispo de Lima, monseñor Augusto Vargas Alzamora en el seminario mayor de Santo Toribio de Mogrovejo, "compromisos y tareas que deben realizarse en forma urgente" tomando como referencia el mensaje de Juan Pablo II, en aras de una realización social en la cual "los derechos sean respetados sin antagonismos", sin violencia y con amor. Ilusorio, porque a pesar de su sincera buena voluntad, la Iglesia no puede pretender tener el privilegio de la inteligencia política. Sin olvidar que jamás, como repito, la institución cristiana ha respetado la santidad imposible de Cristo, su historia, demasiado humana, está plagada por el contrario, aun hoy, de correcciones infligidas a ese radicalismo revolucionario que siempre fue un obstáculo para sus intereses, una molestia para su carácter trampo- so, no menos inhumano que los otros, imperialista, inquisidor y siervo del poder. Ilusorio, porque ese llamado explota la debilidad de la coyuntura general a fin de imponer un "mensa-

je" que nunca ha probado la bondad de su aparente bondad, que ha puesto en evidencia más bien lo opuesto, pescador que ha hecho siempre ganancia en ríos revueltos.¹³

Sería exaltante esperar que la historia de la cultura, que no se ha terminado en los países del Tercer Mundo en razón de la complejidad misma de su trayectoria, no imitara la senda natural recorrida por la de Europa, transformada en fósil. Pero ¿cómo saber? El espíritu es la vida que zanja en la misma carne de la vida, escribió Nietzsche.

13. Un corto artículo, escrito por Juan Arias, en *El País*, "La contradicción de Juan Pablo II" (16 de mayo, 1990), recuerda bien el fracaso del cristianismo y del marxismo, e invita a la reflexión. Es difícil no ver en la diplomacia del Santo Padre el deseo de volver a imponer la idea fija de una ideología descalificada. ¿En nombre de qué?